

Escribe Don CARLOS ESPLA

Horroriza el Crimen y Espanta La Insensibilidad del Mundo

HORRORIZA el crimen, pero espanta también la insensibilidad del mundo. No están muy lejos los tiempos que un crimen político, la ejecución de Francisco Ferrer o la muerte de Matteotti, conmovía la conciencia universal, echaba un baldón de ignominia sobre sus siniestros ejecutores. Hoy, por la universalización del crimen se llega a la universalización de la insensibilidad. Acaso mueren cada día muchos seres inocentes, mujeres, ancianos y niños, bajo las bombas de la barbarie, para prestar atención a la muerte de unos hombres, también inocentes, víctimas de la más feroz e inhumana venganza política. Y, sin embargo, mientras ninguna condena moral habría de detener el crimen colectivo de la guerra, quizás una severa actitud del mundo civilizado podría todavía evitar el crimen político.

Se ha consumado ya el de la ejecución de Luis Companys, el hombre bueno y generoso que con peligro de su vida, salvó la de muchos adversarios políticos contra los cuales estallaba la justa cólera de un pueblo tralcionado. Y ya están en capilla —acaso hayan sido ejecutados en este momento— otros cinco hombres: Rivas Cherif, Zugazagoitia, Cruz Salido, Montilla y Miguel Salvador. No puedo escribir sus nombres sin emoción. Hace apenas cinco meses vivía yo con ellos, eran mis compañeros de destierro en Francia. Zugazagoitia y Cruz Salido fueron en otro tiempo mis compañeros de trabajo en la redacción del diario republicano que yo dirigía en Madrid y cuyas columnas les ofrecí cuando en 1934 fué suspendido el diario socialista que ellos redactaban. Zuga, vasco, y Cruz Salido, andaluz, eran idénticos en la rigidez del carácter, en la integridad de la conducta, en la nobleza de los sentimientos. Vi a los dos días antes de salir de París. Ambos habrían podido

marchar de Francia, pero prefirieron permanecer allí al cuidado de sus correligionarios refugiados.

—Ya saldremos en el último barco — decían confiados.

Salieron para España en la primera cuerda de prisioneros hecha por agentes falangistas en la Francia ocupada por tropas nazis.

Cipriano Rivas Cherif era también compañero mío de letras. Juntos habíamos trabajado en algunos diarios y revistas. Su pluma es una de las más agudas y finas de España. Es un escritor de raza. Su emoción política, su fervor liberal se mantenían al margen de los partidos políticos. Con Azaña había dirigido "La Pluma", revista inolvidable en las letras españolas. Después se consagró a las tareas teatrales, dignificando la escena española. Creó la "T. E. A." (Teatro Escuela de Arte), que alumbró nuevas rutas dramáticas.

Carlos Montilla y Miguel Salvador eran amigos personales de don Manuel Azaña. Uno y otro pudieron permanecer en los países donde habían ostentado la representación diplomática de la República en los últimos meses del régimen. Volvieron, sin embargo, a Francia, al lado de Azaña, enfermo y desterrado. En su casa de Pyla-sur-Mer, los detuvieron falangistas españoles lo mismo que a Rivas Cherif, cuando fueron a buscar al ex presidente de la República. No estaba ya Azaña, que había podido salir en una ambulancia 48 horas antes, pero los falangistas apresaron a Rivas Cherif, su cuñado, a Montilla y Salvador, sus amigos. También detuvieron a las mujeres y a los niños, familiares de don Manuel, que se hallaban en la casa. Y se llevaron los papeles y el dinero que encontraron.

¿Cómo han podido ser condenados estos hombres a muerte? ¿Bajo qué acusación? ¿Con arreglo a qué ley?

Ningún delito se les ha podido atribuir. Zugazagoitia fué ministro de la Gobernación, pero en su historia de la guerra española, publicada en Buenos Aires, se revela cuál fué el sentido humano de su actuación ministerial. Cruz Salido no ejerció ningún cargo político. Fué únicamente secretario de Indalecio Prieto. Rivas Cherif, Montilla y Salvador eran personas de la intimidad de Azaña. Eso es todo lo que habrán podido averiguar los jueces franquistas. Por eso se les condena a muerte. Parece inverosímil, pero es cierto.

¿Se podrá todavía salvar sus vidas? Habría que intentarlo. Hay todavía en el mundo hombres de una autoridad única para levantar la voz en forma que se oiga en Madrid. Hay escritores, periodistas, intelectuales cuya demanda no sería desatendida en España. Hay hombres buenos, varones insignes, que pueden decir, cuando todavía es tiempo: "¡Basta de sangre!".

Hay en el mundo un sentimiento de justicia y de humanidad. Y hay una necesidad vital de vencer la insensibilidad ante tantos horrores.

Aun podría, quizás, salvarse esas vidas si quienes se disponen a inmolarse tuvieran la sensación de que el mundo los condenaría inexorablemente. Y hay, sin duda, muchos hombres eminentes, resueltos a condenarlos con severidad desde el fondo de sus conciencias. Esos hombres deben hablar, por espíritu de justicia, por piedad, por deber humano. En la barbarie del mundo actual, sus voces adquirirían una autoridad mágica. Y en el futuro resplonderían sus palabras como las únicas luces de nuestra época.

CARLOS ESPLA